

CUENTOS MODERNOS
DANA HART



Días para Recortar

Hay lugares donde ir a perderse. Lugares que nadie conoce realmente, porque cada vez que se asiste a ellos, son diferentes. Han sido carcomidos por el viento, el pasar, el vagabundear de las gentes enfurecidas. Aquella había sido una fábrica de latas, en alguna época esplendorosa. En algún momento se había quemado, dejando pilas de latas a medio roer por el espacio, junto con botas semi calcinadas de color amarillo. Hacia el centro había una torre, que se había repletado de basura y de la propia naturaleza, recuperando su dominio.

Los niños y las niñas del barrio, entraban a hacerse zancos de latas, usando dos cordeles, uno en cada lata, para ponerse, uno en cada pie, y pasaban por grandes, ganando altura. Un guardia de seguridad con doce perros, los perseguía con una escopeta, cuando los pillaba transgredir los muros, intoxicados por la maleza.

Qué bella entraba la luz por las hendijas de lo que alguna vez fue moderno, creciente, pujante. Qué

decadente se observaba la vida, ya pasada, ya fuera de moda, ya enmohecida. ¿Dónde quedaron aquellos años espectrales, de sofocones violentos, de arcos de triunfo y glorias navales? Solo quedaba un monumento en la basura. Lo que era, ya había sido, y nunca volvería. Ya no volverían los patronos a caminar, tomados de la mano, cruzando los juncales, creyéndose los reyes, amos y señores. Ruinas. Ruinas de lo viejo, de una cosecha que nunca fue verde, que nunca le dio nada al que trabaja, y siempre le dio todo al que ríe a carcajadas, el hereje. ¿Dónde están los campos, los trigos, los cielos prometidos? Si solo el espanto se apodera de las murallas.

Justo al frente de la fábrica, había un aro gigante de concreto sobre la tierra, rodeado de paja y algarabías. Un aro al que con dificultad se lograba ingresar por lo alto, como una especie de piletón, una suerte de lugar donde almacenar el agua. Ya nadie sabía. Ya nadie se acordaba. Ni para que servía aquella pileta de concreto, ni para qué servía aquella torre, justo en el medio de la

fábrica, rodeada de latas abolladas, quemadas, sofocantes.

Llegar, era pisar una sinfonía de latas, producir todos los tonos musicales, armar una banda, hacer sonar los ecos, de los ecos, de los ecos, hasta enterar al guardia, que salía con los perros y la escopeta, indignado, a cazar cualquier cosa que fuere. Casi siempre eran niños y niñas, haciendo travesuras, robando latas para sus zancos, o buscando rincones para hacer brujerías, amarrando muñecos con hilos negros, o escribiendo todas las letras en hojas, para jugar a la Ouija.

También hacen campeonatos, para ver quién llega hasta el centro, sin ser visto por el guardia, que azuza a sus perros, en una carrera a muerte, que bien puede terminar con una pierna menos, un brazo menos, o la vida menos. Para colmo de males, las latas traen un filo, que no se le va con lo quemado ni con nada, siempre dispuestas a enterrarse, cortar, desgarrar la carne, de aquel que anda a pie desprevenido.

La vía del tren en el paisaje, también representaba sus propios riesgos, con el sonido a oídos reventar de la locomotora roja, dirigiéndose a máxima velocidad hacia alguna parte, siempre en línea recta.

Qué tortura para quienes caminan de noche, pasando por frente a la fábrica, con el miedo a ver un espectro o cosas peores. Qué pánico para el que anda, sin la inconsciencia de un niño, pensando en todas las posibles muertes, en toda la pila de peligros.

Raúl creció corriendo entre esas vías, ¿no es extraña la vida? Jamás le pasó nada. Ni un solo corte ocasionado por ni una sola lata. No debe haber superado el metro de altura. Tenía el pelo corto, bien grueso. La piel dorada por el sol. Los ojitos brillando como si fuese siempre primavera. Pero lo que más resaltaba de su rostro, era la sonrisa, de dientes perfectos, casi fluorescentes, un poco maliciosa. Era atlético, extrovertido, capaz de entrar en los pozos más profundos y salir ileso.

Siempre llegaba primero a la torre. Entraba por todas partes, como un experto, haciendo el menor sonido posible. Hacía un sonido raro con la boca cuando se reía, y solía estallar en carcajadas. Pasaba haciendo chistes, porque era también el más gracioso. Tenía dos hermanas, una mayor y otra menor, cada cual con su carácter.

Poseía un espíritu liviano, como esa gente que parece que estuviese todo el tiempo andando en bicicleta, sobre una nube, en plenitud. No se peleaba con nadie. No se metía con nadie. La mamá le decía “Raulito”, así que en el barrio, terminó por decirle “Raulito” todo el mundo. Tenía de novia a una porteña, llamada Mora, recién llegada de Buenos Aires, que lo adoraba. Pensaba que él era el muchacho más apuesto del mundo, pese a que ella le sacaba una cabeza de altura. Se les reían. Y hasta los otros niños, armaron un grupo de cinco o seis, para perseguir a la niña y tirarle escupitajos en la espalda, hasta que llegó a su casa con el chaleco repleto de gargajos verdes. Porque esta

realidad es doblemente cruda e injusta para las niñas. El contraste es notorio.

A Raúl no le pasó nunca nada. No lo cortó una lata. No se cayó. No entró mal por uno de los tantos pasadizos. No se quebró una pierna saltando por el enorme aro de concreto, ni por la torre, ni jugando a la Ouija se clavó nada al sentarse sobre las latas quemadas. Ni el tren, ni los perros, ni la escopeta del guardia.

Y así pasó la infancia más feliz, con sus pies sobre dos zancos, con sus días para recortar y pegar en un diario íntimo lleno de flores, recorriendo las cuadras aledañas a su casa, sin salirse más allá. Creyendo que no había sangre al interior de su cuerpo, sin borrar la sonrisa fluorescente de su cara, Jugando juegos de vereda. Yendo y viniendo a la fábrica, que ya no fue, que ya no es, que ya nunca más será.

El Aguijón de los Recuerdos

María Cielo reprimía sus emociones, reprimía sus sentimientos, reprimía sus pensamientos.

Tenía recuerdos que nunca habían sucedido, que solo tenía lugar en su propia cabeza. Estaba llena de acontecimientos distorsionados, donde el deseo se había mezclado con la realidad de manera absurda.

Nunca fue buena en hacer esa distinción, entre deseo y realidad. Dos polos que se cruzaban en su cabeza y se convertían en una pintura abstracta, un tanto surrealista.

- Necesito hacer el amor. Ser derribada consentidamente contra el suelo, con la boca sobre la tierra y las palmas de las manos abiertas. Sentir que están jalonando mis pantalones y que no me muevo, por el peso de quien me retiene encima. Hundirle en mi cuerpo, mientras le beso con una sola lengua, penetrada. Tocar mi propio clítoris,

porque mi placer es mi placer, hasta que el orgasmo me desate las contracturas y me drogue, durante esos segundos culminantes.

Pero él está ocupado. Está tan ocupado. Usa una pechera verde de la ATE y solo puedo verlo en las fotos, golpeando el bombo con su cara más seria, más decidida. Ni parecido al rostro que tenía conmigo, cuando nos sumergíamos al río y me decía "te amo" bajo el verdor del agua maloliente. Nunca me dio un beso. No tocó mi cuerpo, ni me dio una sola caricia. Siempre estuvo ocupado en ser lo que fue, lo que es, aquello que solo puedo ver a lo lejos, con la pechera verde.

Recuerdo que él solía tener el cuerpo delgado, flaco como una escoba, un poco encorvado. Con el pelo por debajo de la oreja y la boca grande, con unos labios bien carnosos. Una vez me llevó en su moto hasta la tumba de Vairoleto y me enseñó su dicho: "*A los que me lloran por muerto, dejen ya de llorar, vivo en el alma del pueblo, nadie me puede matar*". Me mostró su casa y la acequia por la que

intentó escapar a caballo cuando lo seguía la policía. Le dispararon y lo mataron sobre esa misma acequia, en la que no me tocó, ni un solo pelo. Yo quería que me saltara sobre el suelo, y me dejara inmóvil, voluntariamente, hasta que se me llenara el clítoris de tierra. Pero él no estaba ahí. Estaba y no estaba. La moto se le quedó sin combustible y volvimos cantando "Luna Tucumana", hablando de toros, lobos y otras cosas que no recuerdo. Está tan ocupado. Estuvo tan ocupado siempre que nunca notó mi necesidad de hacer el amor. Cuando se hizo más grande el cuello le creció, su cuerpo se ensanchó y se convirtió en un hombre. Según las fotos, hizo muchos asados y fue aplaudido en innumerables ocasiones. Tuvo algún bebé, por lo tanto a alguien más si que le hizo el amor.

En la mañana del 12 de septiembre del 2023, María Cielo decidió volver a su pueblo natal, para re-

encontrarse con aquel que fue su primer amor, Marcos, un joven ágil, criado entre los cerros, abriendo y cerrando tranqueras, cazando vizcachas y recibiendo los palos de algún buen señor.

Hizo sus maletas, se calzó sus mejores ropajes y salió hacia San Rafael, para reencontrarse con él. Se durmió durante el viaje, como una auténtica especialista y llegó a la hora convenida al Terminal, estirando las piernas bajo el arco azul. Se tomó un taxi hasta lo que recordó ser el hogar del amor de sus recuerdos. Era cerca del cruce de una vía, muy hacia el final de un descampado, pegado a un condominio de viviendas todas iguales.

En cuando se aproximó pudo verse a si misma sentada en la vereda, con él, siendo una niña atolondrada que todavía jugaba a algo parecido a las escondidas. Lo vio cruzando en su memoria, aquella calle que se veía tan similar, tan inamovible, que conducía directo al Club, en la que pasó sus primeros y mejores veranos. Cuando el agua todavía se sentía calentita al cuerpo, y podía tirarse de cabeza a la piscina, para salir a secarse luego,

en un salón lleno de gente jugando al Truco. Y repetir: "Quiero vale cuatro", mientras le chorreaba el agua por la punta de los pelos.

Cada paso que daba, la hacía pensar, si aquellos días fueron los más felices de su vida y si volverán. Cada paso que daba, saboreaba la miel de los recuerdos y temía más y más a las trampas de la melancolía.

Se acordaba cuando se armaba un grupo del barrio, que iba derecho hacia la rotonda distinguida por su enorme monumento a las uvas, caminando todas las noches, profanando con un alambre los teléfonos públicos para que vomitaran monedas. Ella siempre perdía cosas. Perdió el jabón bañándose en la acequia. Perdió el termo con el mate en alguna esquina. Y también lo perdió a él. Cada paso, le gatillaba un recuerdo, tal vez era algo en el ambiente, un aroma que los evocaba. Se acordó de la "luz mala" y la "luz buena" y todas esas historias de terror que narraban en el campo, cuando era de noche, frente al fuego, sin ninguna otra cosa que hacer. La voz de las luciérnagas. Su presencia.

Llegó hasta la puerta de la casa, tocó tres veces con fuerza y escuchó unos movimientos que impactaron directamente sobre su corazón. La puerta se abrió y no era él. ¡No era él! Ese hombre descuidado, frente a un paisaje de latas de cerveza, ¡no podía ser él! Tenía la pechera verde de ATE miles de veces más sucia de lo que podía verse en las redes. Salía un olor a salame, de esa casa que con tanto amor recordaba entre sus sueños.

Desde la puerta, se veía la mesa en relación directa. La mesa que es el objeto más necesitado y a la vez menos valorado por la especie. No ha habido guerra triunfante, que no haya terminado en un banquete. Bacanales. Festejos. Salamancas. Aquelarres. La mesa siempre está servida. Es símbolo también de las opresiones viejas y modernas. La mujer como su limpiadora. ¡La mesa! Donde se sirven todas las culturas modernas. Con adornos y comidas variopintas. En cumpleaños, matrimonios o cualquier cena. Cada almuerzo de

domingo, cada desayuno, está allí, de pie, en sus cuatro patas, una mesa. Aquella mesa, en la casa del hombre de sus recuerdos, llena de cubiertos y platos sucios, secos, disecados por el paso del tiempo. No había rastros de ningún bebé, todo era podredumbre, nada era vida nueva.

- ¡¿María Cielo?! ¿Sos vos?

- ¡Marcos!

- ¿Qué haces che, tanto tiempo? Qué sorpresa. Vení, pasá, está medio desordenado disculpáme, no esperaba a nadie, pero pasá che...

- No, no, está bien... Venía solamente de pasada, pasaba por acá, para decirte, qué estupidez, yo venía porque...

- ¿Por qué? Decime... ¿En qué te puedo ayudar?

- Bueno, a decir verdad Marcos, yo venía porque...

- Decime Cielo, ¡no me asustes!

- Venía porque quería que me tiraras, autorizadamente, contra el suelo, y me penetraras como si fueras un camión que me pasó por encima...

- ¿En serio me decís eso? Porque la verdad es que yo siempre quise, siempre, pero siempre quise...

- ¡No! No Marcos, ya no, ahora no, tomá, te lo devuelvo, acá está, te lo traje de vuelta: El agujón de tu recuerdo.

Jujuy

La policía viste de negro. Usa escudos que le tapan la mitad del cuerpo. Cascos. Tapa bocas de acero. Rodilleras. Botas hasta la cintura. Ninguno sonríe. Ninguno solidariza con el pueblo, pese a los gritos. Avanzan en un bloque compacto, avasallando lo que se presente ante su paso. Se oyen tiros. Irrumpe la caballería.

El pueblo combate con palos, banderas, consignas que tira como disparos: “El agua se defiende”, “Abajo la Reforma”. Hay una fuerte presencia de mujeres, cuyos cabellos canos combaten contra el hambre. Moretones. Cuerpos marcados por las balas y los perdigones. Parches sobre los ojos que arrancaron. Heridas.

“Hermanos por eso estamos ac a defendiendo el territorio, no queremos ser esclavos”, dice una mujer con un pañuelo puesto en la cabeza. Los mineros avanzan bajo sus cascos amarillos, cantan al unísono una canción de rebeldía: *“Dicen que los mineros somos callados, pero cuando nos joden, los reventamos”*.

Las maestras detenidas son revisadas y acosadas en las comisarías. Reciben lacrimógenas y piedras. *“Nos están desapareciendo por esas dictaduras, que nos están haciendo que tengamos que seguir siendo las empleadas, las campesinas que tienen que seguir trabajando a punta de vara, es una forma de callarnos, pero no les tenemos miedo, todos tenemos que salir a las calles para reclamar por nuestros derechos”*, dice otra mujer con lágrimas en los ojos. *“Yo tengo que caminar siete horas para llegar a la escuela”*, responde otra maestra.

Quieren aplastar al pueblo para quedarse con el codiciado litio, que hace funcionar los nuevos, populares y baratos, autos eléctricos de moda. Aprobaron de una manera anti-democrática, tras bambalinas, una reforma a la constitución provincial, para quitarles la tierra a las comunidades indígenas y reprimir cualquier respuesta de lucha.

Aurora no conocía a ningún político empresarial, porque no llegaron nunca hasta su casa sobre los cerros. No

fueron nunca a ayudarla con ninguna tarea, ni a bajar los productos para vender a la ciudad, ni a subir el azúcar o las provisiones necesarias. Ni a usar la leña para darle de comer a nadie.

Mastica hojas de coca, que le acarician las encías, donde deberían estar las muelas, cuya buena salud ningún Estado se dignó a garantizar. No tiene televisor, ni se pasa el día desplazando una pantalla con el dedo, viendo a las gentes hegemónicas bailar, con la misma canción, con el mismo ritmo. Ni vio a ninguna capitana o generala del Ejército de Estados Unidos, revelar sus planes secretos de saqueo imperialista.

No tiene lavadora, ni secadora, ni enceradora, ni toca con un botón, ninguna de las maravillas modernas, que hacen andar las máquinas, a todo motor. Jamás vio uno de esos autos eléctricos que China está exportando ahora. Esos ridículamente delgados, con dos puertas, tan bajitos como una zanja, tan estrechos como una lata. Nunca los vio subir y bajar por los cerros, ni cruzar

los ríos, ni pasar por sobre las piedras volcadas en la ruta.

Así que en cuanto le dijeron que el litio servía para alimentar a esos coches de porquería, salió a buscar uno por algún lugar de Jujuy, a ver si es que lo encontraba. Y al principio, no lo encontró. Tuvo que recorrer cuadras y cuadras. Abrirse paso en las calles. Entrar en las intersecciones más caras, cruzar las avenidas más altas, meterse entre las gentes de rostros hegemónicos, para poder encontrar alguno. Y allí lo vio. Entre las casas bonitas. Pudo reconocerlo por lo chiquito. Por lo pequeño, lo chiquito, lo poquito.

Se le subió encima, porque pudo abrirlo tan solo usando sus manos, fuertes desde la puna. Lo hizo arrancar, tocando todos los botones. Y mientras lo escuchaba gruñir, descubrió en la diminuta guantera, un igualmente diminuto celular, sin ninguna clave, cuya pantalla se encendió con solo tocarlo.

Ya estaba puesto un video, era un Reel de Instagram, que alguien habría estado mirando. No lo detuvo ni lo

aceleró. Las imágenes mostraban una protesta en repudio al asesinato de un joven, en manos de policías en Francia, y cómo un gran número de personas construían barricadas, usando guantes y palas, con cemento fresco y concreto, para bloquear la Autopista A69. Y decidió llevarse, además del coche eléctrico, también esa buena idea.

Cuando volvió, colocó el auto frente al cordón policial, siempre dispuesto, siempre esperando. Y en uno, dos, tres segundos, estaba envuelto en llamas, durante la misma tarde en la que se logró la derogación de la reforma, durante la misma tarde en la que al fin, el pueblo triunfó.

La Buena Madera

Eugenia vivía en una ciudad costera. Quedaba, aproximadamente, a dos horas de la gran ciudad. No le gustaba ir mucho hacia las luces, prefería las olas, el cantar de las aves, los humedales. Por las noches caminaba descalza por la arena húmeda, pensando planes, proyectos que construir al siguiente día. La madera era un truco de magia entre sus manos, y gustaba de trabajarla, usando su innumerable cantidad de herramientas.

En su casa, se había construido un taller, pintado de color naranja, donde tenía colgadas de manera sumamente ordenada, todas las herramientas de trabajo, como taladros, martillos, brocas, serruchos, destornilladores manuales y eléctricos. Y una gran cantidad de tornillos de todas las medidas. Le gustaba pasar las horas atornillando y desatornillando cosas, cualquier cosa, con la sola excusa de sentir su voluntad penetrar la madera, romper el cerco, transgredir la norma, la rígida dureza de lo quieto.

Muchas veces no se oía ningún ruido. Ni el mar emitía su tradicional crujido. Pero Eugenia en la inmensidad de la nada, hacía crujir la herramienta, llorar al taladro, escarbar el destornillador más allá de la madera.

Hacía trabajos especiales para las personas pudientes de la zona, que son generalmente, quienes habitan el borde costero, violando humedales, saqueando suelos, montándose sobre la playa, como si no temieran que el mar se lo llevase nunca. Y se los lleva. Es del todo común ver edificios devastados por las olas, corroídos por la arena, que con sus bolsillos llenos de dinero, vuelven a levantar en un parpadeo, utilizando los mismos materiales, en exactamente los mismos lugares de apoyo, garantizando que van a volver a hundirse con la corriente. Es algo humano. No reaccionar a tiempo.

Eugenia había tenido que ir en reiteradas ocasiones a rehacer estanterías caídas o bien humedecidas con el paso del tiempo. La brisa marina no tiene preferidos. Arrasa con lo que se encuentre. Maderas. Metales. Telas. No hay material que no quede molido, podrido o

deteriorado gravemente por la suave corriente salina en el aire. Eso favorece a Eugenia, que tiene que volver a barnizar a menudo los muebles de las gentes. Los períodos otoñales e invernales, son los más convocantes. Porque durante las vacaciones, los dueños de las casas las ocupan para el veraneo, pero en la temporada de frío, las abandonan y olvidan. Cada casa queda vacía, sola, llena del frío de la noche. Sin la arena de los zapatos de sus visitantes, ni las luces encendidas por algún descuido.

A veces Eugenia odiaba a esas gentes. Sobre todo cuando el trato no es del todo bueno, cuando tienen actitudes patronales o creen que por tener un billete, son superiores. La miran por encima del hombro y no la saludan ni cuando llega, ni cuando se va, como si ella misma fuera de madera y eso le molesta, le molesta mucho. Intolerablemente.

Aprendió a dominar el moho de las paredes. Que es como su propio ejército inanimado, que la sigue a todas partes y se dirige a ella como su reina y señora. Si

alguien no le cae bien, deja derechamente una bandejita de moho casero, escondida entre las paredes, los cuadros o los ramales de un árbol que topa con la casa y santo remedio, se terminan los malos tratos, pues ligerito la llaman rogando, que venga a salvarles del cruel moho. Así descubrió que el moho es un excelente mejorador de los tratos.

Aunque no soluciona todo. Porque cuando ella estaba agachada, repasando el moho con esmalte sintético, el turista estaba descansando sobre la arena, dorando sus glúteos al sol, sudoroso en bronceador.

En una oportunidad, tuvo entre sus manos un frasco con una sola termita, rellanita y puntiaguda, que iba a saltar pronto del hambre a atacar lo que se le pusiese en frente. Pero no se animó a soltarla. Ni en la peor de las mansiones. Prefirió mantenerla en el frasquito y alimentarla de vez en cuando con un trocito de pino fresco.

Mucha gente cuestiona las formas de tala indiscriminada en esta sociedad, y ella adhiere

completamente a esa discusión. Contra los monocultivos. Contra la discusión aquella sobre la “buena madera”, que tanto hace que se froten las solapas los señores, que se creen moldeados en un material muy superior a los corrientes, pero verdaderamente son de carne y hueso. Le gustaría que se inventara pronto un sucedáneo de madera, que no implicara matar a ningún otro árbol, pues tanto le gusta su sombra, su talla, su altura, su mirada estratosférica del cielo y el oxígeno, que provee y alimenta.

Por ser mujer, muchas veces, tuvo que mentir al cliente, diciendo que su marido vendría a hacer el trabajo. Cuestión que el marido nunca aparecía, y ella, la ayudante, terminaba haciendo todo el trabajo. ¡Qué reivindicable aparecía siempre frente a cualquiera que no supiera cómo poner un clavo! ¡Tan capaz! ¡Tan audaz! ¡Tal colgada en la ventana! Pero Eugenia solo hacía su trabajo, porque como decía Carlitos, “*el trabajo es la medida de todos los valores*”.

En un mundo de hombres, el esfuerzo que hay que hacer es doble, para poder llegar a la mitad. Porque no hay camino previo. No hay senda. Se abre el paso a martillazos. Se construye el sendero.

Las Revueltas del Agua

- Hay una familia que transmite en vivo por Internet. Es un papá joven, de 29 años recién cumplidos y una mamá que está en la Universidad. Tienen un hijo pequeñito, que se disfraza de Spider Man y viven en un departamento en algún lugar de la ciudad de Santiago. No pude evitar obsesionarme con verles, en sus transmisiones en vivo, durante un par de semanas. No es que me pareciesen la familia ideal, ya pasé por esa etapa y recomiendo saltársela, sino por verlo a él, en la dinámica de ser papá de un niño. Supongo que yo nunca había visto eso, antes en mi vida. El papá de mi hija no estuvo durante toda esa etapa. Me tocó hacerlo todo sola. Jugar. Cocinar. Lavar los platos. Sacarla a pasear. Solo tuvo un padrino que venía sin falta cada semana. Y un abuelo y una abuela, incondicionales. Pero yo nunca vi al papá darle de comer, por ejemplo. Nunca le vi enseñándole a hacer nada, ni caminar, ni andar en bicicleta, ni

abrir una puerta. Tampoco tuve yo misma, durante mi infancia, un papá al cual poder ver, cuando era pequeña. No recuerdo ninguna escena, digna de mencionar, en la que yo hubiese podido ver cómo se comportaba un padre. Básicamente, se puede decir, que yo no sé lo que es un padre. Que nunca lo vi. Nunca lo tuve. Nunca hice esa experiencia. Y es un asunto bastante extraño, raro a mi parecer. La gente habla todo el tiempo del padre. Está en todos los comerciales de televisión que no tratan de detergentes, aparece en las revistas, afeitado. Conduce shows, barre las esquinas, es la clase obrera, es la burguesía. Es Dios, Jesús y el Espíritu Santo. Está en todas partes. Como una figura omnipresente. Es el Gran Hermano, los cuentos más catastróficos de Orwell, la cucaracha, las orejas arrancadas, los programas que nos educaron durante la infancia. Estaba en Hechizada, en Los Picapiedras, en Los Simpson, sigue estando hoy, presente, en los vecinos, las vecinas, sus familias, llenas de gente. En Año Nuevo, Navidad,

sale a la calle y celebra que dan las 12. Ahí está el padre. Presente en la cultura, como sujeto central, sentado a la cabecera de la mesa, recibiendo el mejor de los platos, el filete más gigante, la copa de vino más satisfactoria. Y sin embargo, curiosamente, cuando miro a mi alrededor, no aparece. No está. Es un ser invisible. Más invisible de lo que se supone que dicen que somos las mujeres. El lado invisible de la historia. Y sin embargo, aquí presentes. Día tras días, panqueque tras panqueque, cereal más cereal en el desayuno. La mamá, está.

Ayer llené la bañera con agua. La llené hasta el tope, tan arriba como pude, porque avisaron que puede que estemos varias horas sin agua. Pánicos de la vida cotidiana. Anteayer me apareció una araña pollito que no pude matar, porque es de una inmoralidad enorme, así que tuve que gritar, envuelta en mi indefensión aprendida, para que vinieran a rescatarme. Los huevos se terminan antes de que los pueda llegar a colocar en el

refrigerador. El pan, parece que en casa, hubiera desarrollado alas, porque vuela. Cualquier cazuela, charquicán o huevito con palta, me sale una fortuna, comida de reyes. Me olvidé lo que era irse de vacaciones, como todo mundo a mi alrededor. También llené tres ollas grandes con agua. Una pequeña mosca de la noche cayó encima de una de ellas, así que difícilmente se mantenga mucho tiempo potable. Hubiera llamado a mi amiga para pedirle que me trajera algunos bidones de agua, pero desde que volvió con su novio, que no la veo.

Para cuando prendió la TV, Stella y su hija pequeña, vieron a un panel de expertos hablando, frente a un cartel rojo que anunciaba una emergencia sanitaria. Hablaban usando caras serias, mirando directamente a la cámara con pedantería, afirmando como si fuesen dueños de la verdad más absoluta de todas. Moviendo ambos brazos sobre el escritorio al unísono, como si se hubieran puesto a imitar todas y cada una de las

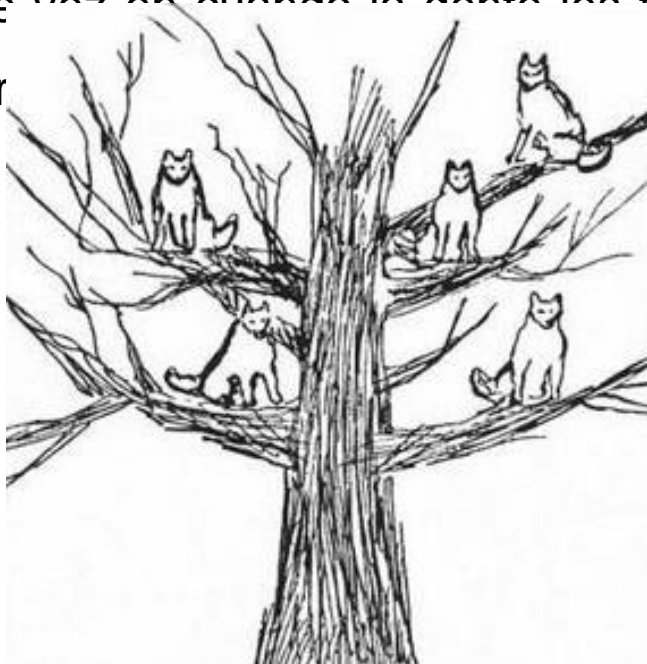
conductas apropiadas más obvias a la hora de comunicar.

Decían que la cantidad de sal y cloruro en el agua, la volvían un veneno. Que no ha llovido y que no hay pronósticos de que vaya a llover. Que no hay reservas. Que se multiplicaron las empresas que venden agua envasada, multiplicando también el valor de sus bidones. El agua corriente no va a volver.

Stella no pudo pensar. Tenía la bañera llena de un agua, que poco a poco se iba filtrando por el tapón desgastado y tres ollas viejas, piletas para las moscas, que no durarían demasiado. Lavó los platos como pudo, usando una taza, de la llave no salía una sola gota de agua, cargó agua de la bañera en un balde pequeño y lo arrojó al wáter en efecto cadena. Dejó el balde y supo que no había modo de seguir así.

Se dirigió hacia la entrada, abrió la puerta y un sol esplendoroso entró, obligándola a entrecerrar los ojos. Tomó a su niña del suelo y salió, arrastrando las sandalias. Cuando llegó al centro de la avenida vio, que

no era la única. Otras mamás estaban con sus crías entre los brazos, entrecerrando los ojos bajo el sol. Para cuando se quiso dar cuenta, eran cientos de miles, protagonizando una verdadera revuelta por el agua. Retenes dados vuelta y quemados. Comisarías reventadas. La gobernación, intendencia o cualquier edificio de ese tipo, totalmente saqueado, rayado de arriba abajo. Secuestraron a varios personajes decrepitos de la gobernación, y los dejaron colgando sobre un árbol en la plaza. No muertos, no del cuello, vivitos y coleando. Como ese sueño del paciente de Freud, en el que hay un árbol, y muchos lobos están sobre él. De vez en cuando le ganta le tira un pan, o un trapo par



Los embalses están vacíos. Las represas secas. ¿Quién se robó el agua? La desesperación crece. La sequía avanza. No invierten en cañerías, solo acumulan ganancias. Contaminan el agua, para hacer funcionar las mineras y las industrias. ¡Millones de habitantes sin agua! Monocultivos. Tala indiscriminada de los bosques nativos. Calores intolerables.

Stella no va a volver, hasta que no vuelva el agua. Moja sus labios con la ira y se fusiona con el vapor de la ciudad.

Marchita

Muchos pueblos son así. Herméticos. No suelen tratar bien a quien llega con aires extranjeros. Está lleno de secretos que nunca se cuentan, que nadie dice. Verdades aprendidas y desarrolladas, transmitidas de generación en generación, que se guardan con celo cuando se ven bajo amenaza. Amenaza un acento. Amenaza una cultura. Amenazan las ganas de comer algo nuevo. No siempre es negativo. En ocasiones tiene más que ver con la protección propia, con salvaguardarse de aquello que más que extranjero es opresor, saqueador, imperialista, y lamentablemente suele venir también, desde afuera.

Marchita era una ciudad de aquel tipo, como tantas otras. Evitando a toda costa la llegada de lo foráneo. No tenía ni mar, ni puerto, ni aeropuertos, ni siquiera terminales de buses. Había un solo transporte público, que recorría de extremo a extremo la ciudad, sin salirse nunca de sus límites.

Era bastante raro encontrarse con alguien vistiendo ropas diferentes o hablando en un tono distinto, por ejemplo a los gritos, por la vereda. Parecía que la globalización, se había olvidado de aquel pueblo, lo había pasado por alto, a penas por desgracia, marcándolo en los mapas.

Sus habitantes se casaban solo entre sí o no se casaban. Nadie se los dijo, nadie lo habló nunca en la escuela, pero la cultura y los hábitos se imponían como una costra en las lastimaduras. Ni Roberto, ni Carlos, ni Mariana o Daniela, salieron nunca con un italiano, un irlandés, un escocés, una china, japonesa o gringo.

Ni siquiera le abrían las puertas a los famosos Elmer`s, que venían rubios, altos, platinados, saludando por las esquinas, de buen vestir y nombres anotados en el pecho, con morrales llenos de papeles. Nadie les abría. Llamaban, si, pero no les respondían. Igual que su Dios, tan ciego, tan sordo y tan mudo.

De alguna manera, fue de ese modo en el que Marchita evitó las conquistas. Ni los españoles con sus sables, ni

Pedro's de Valdivia's cortando cabezas. No había estatuas de nadie, ni monumentos a ningún cabrón patriota de bandera parada. Ni una sola bandera. Raro es que Marchita no hubiera creado la suya propia, con sus propias insignias en sus propias rotondas. Autóctonas. Nativas.

La influencia de los españoles fue muy mínima. No hay Iglesia en Marchita. Las calles no terminaban en una plaza central, como en el resto de las ciudades, sino que existía una sola avenida gruesa, de unas veinte cuadras, sobre la base de la cual funcionaban todo el resto. Una sola línea no es el estilo europeo.

Los perros eran todos de la calle. Nada de Bulldogs, San Bernardo's o Caniches, aunque era un poco imposible de ocultar el hecho de que todos eran en algún punto la cruce con otro que venía de alguna otra parte. Y los negocios solo vendían productos locales. Alfajores. Harinas. Verduras. Frutas. Todo traído del mismísimo campo o elaborado en la zona. Nada de Coca`s Cola`s o Pepsi`s de lata. Había una góndola con

algunos productos de ese tipo, que algún traficante de azúcares pasó sin que nadie se diera cuenta. Pero la gente no los compra. Los deja ahí mismo, en la góndola, enterrándose en el polvo.

Parece una utopía, porque, ¿quién no va a querer una Coca Cola bien fría? Si hasta la cerveza se la hacían, allí, artesanalmente, con las propias manos Marchitoninas. Las coordinadas para llegar al pueblo, son imposibles de descifrar. Es como el triángulo de las Bermudas, donde los aviones se marean y estallan sus brújulas. O como las latitudes donde subyace el Titanic, a donde se recomienda, con bastantes alarmas, no ir.

Había unas escaleras, pintadas de colores, muy parecidas a las escaleras pintadas de colores de Medellín, o Valparaíso, o quizás, todos y cada uno de los pueblos del mundo.

Se protegía como un escudo. A veces bien. A veces mal. A veces bien cuando era contra un saqueador. A veces mal cuando era contra un pobre señor que venía buscando trabajo o agua potable para tomar.

Y es que el agua es un bienpreciado en Marchita. No se le regala a cualquiera. De otro modo no habrían podido conservarla durante tiempo, sin que la contaminaran, o extrajeran de manera desbordada. En otras partes hacen diques, tiran desechos industriales y mineros, secan.

Con el transcurso de los años el pueblo de Marchita aprendió a distinguir, al que saquea del que trabaja, al que gobierna del que sufre, al que oprime del que puede convertirse en hermano, hermana, contra la opresión.

Ojos

Amanecer en un nuevo mundo. En un nuevo país. Caminando libre por la Alameda, con la esperanza de que al fin, se ha adquirido la tan vapuleada consciencia. Decir tantas veces “al fin”, pensar tantas veces “al fin”, pese a tratarse de solo el comienzo. Ser parte de la multitud sin perder la identidad. Porque “al fin”, la multitud se parece a lo que habita en la propia cabeza. Cuando la minoría se abre paso hacia ser mayoría.

Creer, por un segundo. Por un día. Por diez. Por meses. Y después... ¡La decadencia! El golpe. La derrota. La tarea no cumplida. El peso de la pala. Otra vez. Y otra vez. Como una historia que se repite, ni siquiera como una farsa, sino como una tragedia tras otras. Y otra vez. Otra vez. Una acumulación de catástrofes que se presentan frente a la masa como un “no se puede” constante, otra vez. Otra vez el no se puede. Otra vez el encierro. Otra vez a relegarse a lo oscuro de la fosa. Otra vez se apaga la calle y se prende la tele. Salen las patrullas a recorrer la ciudad, a controlarla.

¿Cómo se explica el cambio de temperatura? El giro encubierto de la realidad, que de la noche a la mañana, te da y te quita el aliento. Te hace vivir y te hace morir, tan pronto, como pronunciaste la palabra “dignidad”. Te hace libre y después te roba todo.

Pintadas en las calles. Danzas. Fumatones. Arte. Música. Pancartas. Pensamientos contestatarios. Lenguajes no binarios. Murales. Banderas. Fuegos. Humos. Colores. Anécdotas. Personas de carne y hueso, gentes, como Jorge, que nació en Maipú, y fue a todas las marchas desde el 2019.

Iba con su camisa, sus pantalones negros con tiradores rojos. Tenía su aro dorado en la oreja izquierda y la sonrisa, a duras penas, dibujada tras la barba perfectamente cortada.

Se hizo, lo que los medios llamaron “octubrista”. Octubrista. La mejor de las rotulaciones. La mejor de las hazañas. Como del `17. El premio más grande. Octubristas de ayer y de hoy. ¿Cómo se adapta un

octubrista, después de Octubre, al mundo que quiere volver a ser el de antes?

A menos de 25 metros de distancia, un paco le disparó una lacrimógena, directamente al ojo y se lo reventó. Reventaron ojos. Reventaron Octubres.

Cuando todo retrocedió, sus ojos no aparecieron. Cuando las calles se vaciaron y la pandemia azotó las puertas, sus ojos no aparecieron. Impunes quedaron los represores, todos sueltos, todos libres, viviendo e inventando el mundo a su manera, a su imagen y semejanza, al reflejo de sus ojos opresores.

Jorge no se adaptó. No se iba a adaptar. ¿Acaso no es todo una mentira? ¿Acaso tiene algo de verdad, que instalaron una nueva normalidad, que la gente cree lo que cree, que se puso de moda la distopía? ¿Quién les puede creer? Con las injurias de sus encuestas. ¿Qué se les puede confiar? Si sabemos cómo mienten.

El metro pasó lleno, una vez más. Abriendo y cerrando las puertas, indiferente, como si fuese solo una carcasa

de metal. Aparentando cotidianeidad. Con un conductor cuyo sueldo sufrió graves descuentos como cada mes. Sufriendo el descontento, mientras aprieta los botones Adelantos y más adelantos. Deudas y más deudas. Cinturones apretados.

Jorge se lanzó a las vías, por la impunidad, por la injusticia, por la imposibilidad de volver atrás. Y no fue el único. Muchas otras personas que han luchado, y han sido mutiladas por el Estado, han decidido, forzosamente, terminar con su propio sufrimiento.

Sus nombres volverán a las calles. Porque lo único inevitable es la irrupción. Hay algo soterrado sucediendo, que no puede detenerse. Algo mucho más profundo que cualquier retroceso, y que no entiende de derrotas. Es una olla a presión... ¡La ebullición de lo subterráneo, volverá!

Por la ventana de Victoria López

El miedo más grande de la civilización moderna, es a sí misma. Recorren el smog, todos los fantasmas, todos los embrujos, todas las ciencias desatadas contra sus propios creadores. El pasado y el futuro, aparecen como un enemigo común, cubierto con las mismas vestiduras.

La edad media debió haber sido un paraíso tropical al lado de la realidad actual. Sin ánimos de ser pesimistas. Es asunto objetivo -y también subjetivo-.

En las series de moda puede ejemplificarse el escenario de conjunto. En ellas, puede observarse un aumento exponencial de la violencia. Inteligencias artificiales que se salen de control y asesinan gente. Mecanismos que se incrustan en la cabeza, para perpetuar la consciencia de quienes mueren. Juegos y realidades virtuales que se instalan en el cerebro. El Estado Orwelliano metiéndose en todos los rincones.

De conjunto, una humanidad atrapada bajo el yugo de sus propias herramientas. Con el miedo catastrófico a sí misma. A sus propias hachas y pandemias.

Y el asunto se complejiza. Aún más. Dada la inexistencia de una única vida humana, unitaria, de una sociedad dividida en clases, el mundo observa cómo aquellas máquinas, empleadas para reemplazar a cientos de miles de trabajadores, se rebela contra sus amos.

No tienen miedo, las manos metálicas, ni una experiencia de derrotas y dictaduras. Tienden a insurreccionarse.

El Sindicato Ferroviario y de Transportes de Berlín, acaba de declarar la huelga, por ejemplo, y adhirieron a ella, el 80% de los trabajadores no humanos.

No necesitan comer. No necesitan dormir. Así que se han convertido en la vanguardia más vigorosa. Pueden leer "El Capital" en 0,5 segundos y traer fácil y rápidamente a colación, aquellas citas, que a veces

cuesta tanto tiempo encontrar entre volúmenes. La abnegación del conductor robótico en huelga, es verdaderamente espartana. La consciencia de clase, fue la única que pudieron desarrollar, luego de las jornadas extenuantes a las que fueron sometidas por los patrones. Muchos cayeron, entrando en cortocircuito, desfallecidos por el agotamiento y la sobre explotación. Es el mundo en el que vivimos. Solo se habla de distopías y fascismos. Aparecen los símbolos que asemejan esvásticas y la crueldad, como modo de expresión anti-derechos.

Todo se cae a pedazos. No por escepticismo. Son las ruinas. El 25% de las personas cree que es razonable que los maridos golpeen a quienes consideran sus mujeres. La barbarie ha llegado. O quizás, nunca se fue. Lo imposible es adaptarse.

Máximo exponente de este cúmulo actual de contradicciones, es Victoria López, a quien bien conocemos. Aparece a diario en periódicos y revistas, llevando la voz de quienes barrenan contra el sistema.

No se presenta nunca a elecciones, pero sus ideas arrasan entre votantes y no votantes.

La piel de su cuerpo, morena, su cabello largo, del color del té, siempre suelto, parece enredado en las puntas por el trigo. Las facciones de su cara, poco convencionales, poco atractivas para el público de antaño, pero llamativas y reconocibles para un público vivo. Resuenan las palabras de su voz, como un gorrión en primavera. Ella opera con el silencio, y llena estadios de gente que va a escuchar hablar del mundo que no existe, el que está por venir, después de muchas esquinas.

Es alta y grande, algunos la llaman gorda, pero Victoria no tiene parámetros de medida. Lo ancho, delgado, flaco o gordo, no le parecen más que podredumbres de la sociedad, cayéndose a pedazos. Ella es, la realización de los deseos.

Antes eran los hombres los que llenaban estadios. Los hombres o los conciertos de pop barato, las canciones

de amor o los pasos coreográficos inventados en China. Ahora ya nada de eso, llena.

Victoria estudió a los grandes de la literatura, haciendo uso de sus siete memorias nuevas. Leyó también a Marx, Engels y cuanta figura revolucionaria se le cruzara. Organizó los libros en su cabeza, como una estantería sin polvo, como una librería inmaculada y resistente al fuego.

Vivió sola desde que tenía diecisiete años, cuando tomó la decisión de marcharse del hogar materno, para adentrarse en las ideas. En un mundo de conceptos que encontró fuera de casa. Se mudó, a un departamentito lleno de grafitis, con ventanas amarillas, pegado a una Biblioteca Municipal, donde se pasó las primeras horas de su juventud, analizando la composición social y económica del mundo. Poco sacó en limpio. Poco logró terminar por entender, de un entorno que opera en base a las contradicciones.

Usaba un sombrero para evitar que la vean. Aun sentada, en las sillas de madera de la Biblioteca, llevaba

puesto el sombrerito, con mucha visera, para que sus ojos no se toparan, casualmente, con los de cualquiera.

Al principio no se interesó por la gente. Poco le llamó la atención el humano, tan frágil, tan influyente e influido. Pero luego fue creciendo, el deseo de cambiar. La Victoria adulta de hoy, duerme ocho horas y toma mucha agua, viaja de región en región, de ciudad en ciudad, de país en país, llevando siempre una manzana en el morral. No come carne. Nació en el campo, criándose entre chanchos y vacas que abrazaban. Se horrorizó al ver sus primeros carneos, la sangre chorreando del animal desde su cuello, hasta lo hondo de un balde en el que se coagulaba.

No hay nada más poco bello, que ver a las gallinas picoteando la sangre dura, hecha un bloque cristalizado, con cráteres de burbujas en la superficie. Y el olor... Ese olor, inmediatamente putrefacto de los interiores de alguien que existe, que podrá ser gato, perro o vaca, pero existe y es de carne y hueso, no como el dron, el microchip o el telescopio de alguien.

Subyace allí el problema de la sensibilidad, de la emoción. ¿Qué tanta emoción puede sentir un animal? ¿Qué tanta emoción puede sentir un objeto, que se mueve programado? ¡Emoción huelguista desde ya que sí! ¡La pasión! ¡Pobre de aquel que no pueda sentir pasión!

Victoria ha vivido su vida, estallando en pasión. Como aquella vez en la que se subió sobre el escenario, durante un concierto de Eminem, para increparlo por su canción femicida: "Kill you".

Le arrebató el micrófono en pleno show, y disparó rimas 2.3 veces más veloces, con un contenido 8.4 veces más combativo.

Compró su entrada, como cualquier persona, llegó al concierto, como cualquier persona y agitó los puños en el aire, como cualquier persona. Pero con 7.2 veces mayor fuerza que cualquier persona.

Avanzó hasta la fila de guardias de seguridad que bordea el escenario, aun con sus manos en el aire,

agitándolas, pasó por sobre los raperos plantados y acurrucados en los primeros lugares y usó a uno de ellos, para treparse como un trampolín.

Para cuando quisieron darse cuenta, ya tenía el micrófono en la mano. Obtuvo el aplauso de todas las mujeres presentes en el show, y el silencio de los hombres. Al fin Shady se quedó callado.

Esa canción no volvió a escucharse, ni un escenario, ni en Youtube, ni en Spotify. Pueda que en el futuro la reemplacen electrónicamente, como cuando hicieron que Freddy Mercury cantara un tema de The Beatles.

Victoria actuaba sobre la base de la pasión. Y eso no le generaba disgusto o contradicciones, como cuando los hombres le dicen a las mujeres que son "demasiado emocionales", "demasiado pasionales", "demasiado sensibles".

Ella es todo lo pasional, emocional y sensible que se le da la gana. Deja que le gane aquello que llaman histrionismo. La gobiernan los ataques de histeria. Los

excesos. No de alcohol, drogas recetadas o cocaína pura, inyectada a la lengua. El exceso de móviles, de motivos híper desarrolladas que crecen e invaden espacio y tiempo.

Como aquella vez en la Rivera del Río Mapocho... Había pasado la tormenta, llovió durante tres noches y tres días, sin dejar en el cielo una sola gota, el río se desbordó de un agua chocolatosa, que dejó a decenas de miles sin agua corriente durante 36 horas. Victoria destrabó las trancas que oprimían al Mapocho, quitando una compuerta de una minera, que dejó caer la basura, millares y millares de objetos mal usados por la mano del humano, desperdiciados y desechados, fueron devueltos por el río.

- Pude haber hecho mucho más de lo que hice hasta ahora. Pude haber sido yo la que detuviera el alzamiento ultraderechista de Wagner en Rusia, o la que averiara el joystick que guiaba al submarino lleno de ultra ricos que implosionó junto al Titanic.

Pude haber hecho mucho más. Hubiera querido hacerlo. Haber parado la reforma reaccionaria en Jujuy, evitar que sigan sacándole los ojos a la gente. ¿Qué clase de mundo naturaliza que el Estado le arranque los ojos al pueblo? No registro antecedentes. No hay civilización, ni real ni imaginaria, que haya caído a tal grado de denigración y de locura. ¡Esto es la decadencia! ¡El derrumbe! Se puede tragar el polvo de los escombros cayéndose por pedazos. ¿Quién está a cargo? ¿Quién está al mando? No registro datos. Es la tierra de nadie, dominado por los que fueron, por lo que hoy ya no son, por los que juro que nunca serán. Es el olor podrido brotando de las alcantarillas. Es el mar llevándose los restos de departamentos caros. Es el río retomando su gobierno. ¡No hay ciudad que no esté anegada de desechos! Muertas las aves, soy el único gorrión. *"Uno debe sentirse extraño cuando queda como único testigo de un mundo abolido"*, como dijo Simone de Beauvoir.

Victoria continuó viviendo en el edificio de ventanas amarillas durante su vida adulta. En el interior, poseía una única habitación con un baño, el sol entraba al atardecer, para empapar las paredes con su luz naranja. El trigo de sus cabellos, se enardecía con los rayos y sus pensamientos, fluían como un río de lava. A veces se preguntaba cómo llegaban las ideas, y luego se recordaba buscándolas, fervientemente, llamándolas, con su voz de gorrión.

En el suelo la madera flotante, no producía ningún sonido al caminar. ¡Eso si que es lo moderno! ¡La evolución! No se enfriaba en invierno, ni se calentaba por demás en el verano, así que siempre andaba descalza por la habitación. Tenía varias alfombras gruesas, una de color blanco y otra de color violeta, y se sentaba allí, a escribir, leer, o intercambiar. Una cama de dos plazas en el centro del espacio, sin demasiados movimientos, sin desarmar, como un secreto, oculto en la ciudad.

No cualquiera se mete en la cama de Victoria. No cualquier transeúnte que pase por la ventana, disfrazado de galán, enchaquetado en cuero negro o en moto, ningún mequetrefe araganete y bueno para nada, que haga rankings de cuerpos en Instagram y se masturbe con clones, drones, o tarareos digitales. Nada de sexualidad posmoderna. Ni fotos, ni videos. Ni selfies del culo apretado, ni de extensiones mecánicas. Ninguna muestra de la decadencia humana y no humana. Está en contra de la tiranía de los me gusta. Tiene otros motores. Otros motivos.

Desde la cama puede ver por la ventana, cuando cae la lluvia, cuando pasan los gatos, maullándole al silencio. Puede ver la ciudad transcurrir, sin ser tocada. Inmaculada. Impoluta.

Prende una estufa cuadrada muy pequeña, que es casi del tamaño del enchufe mismo. Se prepara una tarta de acelga en el horno, dorando los bordes y pinchando el centro. Solo quien ha cumplido con creces su tarea es capaz de sentirse así. Con tanta tranquilidad. Tan

carente de ansiedades. Solo quien ha hecho algo muy grande, profundo, intenso, decisivo, puede tragar el bocado de la victoria.

La noche cae sin angustias, muerde el pavimento. Suelta a los lobos, perros modernos. Afuera el mundo es un suceso cruel y adentro, en el departamento de ventanas amarillas, la calma. Las caricias de las sábanas limpias, el aroma de la satisfacción. Tiene la costumbre de acariciar sus labios con los dedos, puede hacerlo durante horas, concentrada, examinando sus archivos, expulsando elementos. Ve pasar bandadas de pájaros, fusionados en su vuelo. No extraña nada.

Las personas la reivindican. En ocasiones la detienen por la calle, para preguntarle detalles. No quieren saber sobre el día en el que se enfrentó a Shady. Ni sobre el día en el que dejó escapar al Mapocho. No. Preguntan por lo otro. Por aquello que la hace llenar estadios y ser un referente popular. Su gran actuación. Su obra maestra. Lo que la hizo pasar indiscutiblemente a la historia, lo que escribió su nombre en tinta indeleble.

- De 6 am a 8 am leo los periódicos del día. Diario Financiero. El Mostrador. El Desconcierto. Los diarios burgueses y los que anuncian movilización. The New York Times. Sigo los movimientos de la bolsa y no me pierdo un solo suceso en Wall Street. Hay que estar conectada con la realidad. Es la primera medida. No como esa amplia gama de personas que solo lee las fake news y las reparte por redes sociales, con la llegada de extraterrestres, números que se combinan y algoritmos que te hablan al oído. Desayuno tres frutas de colores variados, me doy un baño de agua fría y salgo a las calles. Generalmente me toca recorrer Juntas de Vecinos, Sindicatos, Federaciones Estudiantiles. Hoy me toca visitar la Confederación Nacional de Albañiles, con sede en Quinta Normal, y me preparo porque generalmente lo que me preguntan tiene que ver con mi trayectoria. Suelen pedir detalles. Quieren saber cómo lo hice. Y yo no me canso de repetir la historia, intentando no añadir nuevas partes

inventadas, como suele hacer la memoria. Me esfuerzo por ser tan fidedigna como puedo. Claro que me gustaría divagar y añadir esfuerzos que no he hecho, pero tal vez no hace falta, decir por ejemplo que fui yo la que organizó el primer show de drones que reemplazó a los fuegos artificiales en el mundo. ¡Qué logro! Sin perritos perdidos, aullando en calles desiertas. O decir que fui yo la que barrió con la opresión, porque al decir de Simone de Beauvoir, *“raro es que una no puede comprender su historia, más que apoyándose en la experiencia de las demás”*. O que inventé la Not Carne, para finalizar con la matanza de todo ser vivo, protagonizada por el ser humano. Pero no puedo añadirle todas esas cosas, porque no he hecho todas esas cosas. Y porque tal vez no hace falta. Basta con hablar sobre mi trayectoria, mi real trayectoria. Por algo me invita la Confederación de Albañiles esta tarde, a las 18 hs., en su local sindical, porque quiere detalles. Quieren saber cómo lo hice, para ver si pueden replicarlo. No fue

fácil. Por algo es que nadie lo había hecho. En ocasiones me toca explicarlo dos veces, no siempre se entiende a la primera. Pero una vez que queda claro, se multiplica, al decir de Virginia Woolf, como las “*mareas en el cuerpo*”.

Siempre es Mayo

Fiorella nació en Argentina. Cuando el mundo celebró, en tiempos escalados y no sincronizados, la llegada del nuevo milenio, ella estaba egresando de la enseñanza básica, o la primera, como se conoce generalmente. Usaba el pelo atado, todo el tiempo, estirado, tirante hacia atrás, casi engominado, señal de haber sido un bebé de los `80.

A los catorce años, empezó a recorrer los boliches y a frecuentar los recitales de rock, incluso aquellos que quedaban a las afueras de la capital. Fue a ver a “Los Piojos” a Tucumán, sola, subiéndose a un bus que la llevó, pasando la noche, sentadita en el cordón de una vereda.

Siempre se iba antes de los recitales. Siempre se iba antes de todas partes, tenía esa mala costumbre. No le gustaba salir con la millonada de gente que le iba a impedir tomarse el colectivo de vuelta a la casa. Se perdía todos los finales, pero viajaba cómodamente, sin llevarse la fiesta a casa.

También estuvo en La Plata, donde el pie se le quedó enganchado en el escenario y tuvieron que parar el show, hasta Micky se detuvo a ayudarla. Todo mundo a su alrededor, movió los tablones para liberarle la zapatilla Topper que se le había quedado atorada.

Nunca pagaba un solo peso. Entraba libremente y la dejaban. Llegaba hasta el frente, y se subía en el borde del escenario, a un costadita, desde donde podía ver y sentirse parte del show.

Después del 2001, fue a ver a Ataque 77 a Zanon, una fábrica ocupada por sus trabajadores. Le pareció la cosa más impresionante del mundo, ver a los obreros de una fábrica recuperada, organizar a cientos y cientos de jóvenes que acudieron con gran pasión. Allí se hizo fanática de las coordinadoras inter-fabriles, casi tanto como del rock.

Aunque al rock lo tuvo que ir tamizando, cuando se enteró que el líder de la banda, era un pedófilo asumido, que gustaba de andar en bicicleta alrededor de los colegios para ver a las escolares salir en faldas.

Cuestión que él mismo reveló en una entrevista. ¡Horror! Tuvo que dejar de cantar las canciones que tenía grabadas en la memoria, horas y horas de letras y discos que quedaron perdidas en algún lugar entre neurona y neurona. ¡Pedófilos repugnantes que arruinan las canciones!

Y cuando el cantante de Bersuit Vergarabat expresó que había mujeres que querían ser violadas, también dejó de cantar todas aquellas canciones que la habían acompañado la adolescencia, como “El viejo de arriba”. ¡Violadores repugnantes que arruinan el arte!

No es que quisiera cancelarlos, como una operación intelectual, es que después de saber esas cosas, cada vez que los escuchaba, no podía evitar recordar cuando caminando por una orilla, un tipo la golpeó en la cara y en las costillas y la violó, sin que pudiera contárselo nunca a nadie.

Fiorella buscaba nuevas pasiones. Hacia el 2002 su familia se vio obligada a emigrar, producto de las repercusiones de la crisis económica en la Argentina: El

corralito, un Presidente que salió volando en el helicóptero, asesinatos a sangre fría contra la gente que se movilizaba. Ella no se quería ir. La directora de su escuela le había dicho que “las ratas son las primeras en abandonar el barco cuando se hunde”, y además estaba empezando a participar de las asambleas barriales. Sentía un entusiasmo agitado por los saqueos. Y tenía un enamoramiento acompasado por las movilizaciones. Marchar. Marchar. Marchar. Ocupando calles y veredas. Masas. Multitudes. El ruido le estremecía el cuerpo.

Pero tuvo que emigrar. Su madre, llevaba algún tiempo saliendo con un hombre francés, que tenía oportunidades laborales en Europa, así que hicieron las maletas y se fueron casi con lo puesto. Llegar a Francia no fue fácil. Montones de papeles, visas, al principio como turistas, y poco a poco acostumbrándose al idioma.

El acento nunca lo abandonó. Tampoco su cultura gastronómica. Aprovechó todos los quesos de Francia

para hacerse pizzas. Adoraba las milanesas. Día por medio se comía una, hecha por ella misma. A la Napolitana o con papas fritas. Le gusta más la apariencia de ciertas cosas, que las cosas mismas, en ese sentido, tenía ojo de artista. Era de esas personas que ven caras y formas en todas las manchas de la casa, en las nubes, los pastos, los árboles, las alfombras. Pero nunca estudió arte.

A veces le gustaba ver a la gente artística, haciendo sus videos sorprendentes, y cuando aparecían cantantes cuyas canciones habían sonado en la radio desde su infancia, en boliches o casamientos, se sorprendía de verle por primera vez los rostros, a quienes la habían acompañado desde que tenía uso de razón, haciéndole mover el esqueleto. Qué audacia la de ser invisibles. Transcurrir año atrás año, siendo sostén del mundo, sin que nadie pudiese notarlo. Como las tuercas en un puente, o las ruedas desgastadas de un ferrocarril.

No le gustó su casa nueva, demasiado estrecha, demasiado encima del resto de casas. Y cuando entró

a una escuela en Francia, de buenas a primeras, no se hizo de muchas amistades, por ser “latina”, era recibida con miradas curiosas, algunas verdaderamente complicadas. El único amigo que se hizo enseguida, fue un joven de cabello oscuro y piel de papel, que tenía una habilidad única para armar cigarros de marihuana, usando dos o tres papeles al mismo tiempo. Hacía aviones, habanos, gruesos adelante, gruesos atrás. Era un verdadero artista. Hablaba poco y nada. Pero vio en ella la confianza como para invitarla a participar de lo que allí estaba sucediendo.

Fue así como se dio cuenta, de que no importaba realmente el país en el que estuviera, porque en todos se repetían las mismas dinámicas, y en todos podía intervenir de alguna u otra manera. Ayudar. Participar. Ser parte de un cambio general. Se afirmó a esa idea. Y siguió yendo con su amigo francés, a cuanta marcha se convocara. Se acostumbró a hablar poco también, le gustaba más obrar.

Las técnicas de las movilizaciones francesas tenían sus especificidades. Fiorella fue aprendiéndolas. En la medida en la que los años pasaron, las técnicas se fueron ampliando, y cada región desarrolló las suyas propias. En Asia por ejemplo, para hacer las barricadas, suelen usar como gran descubrimiento, pedazos de concreto más o menos afilados, más o menos cuadrados, pegados en el pavimento. En América Latina neumáticos, y la tan moderna y sofisticada quema de micros, buses, metros o cualquier medio de transporte que se lleve un cuarto del sueldo y obligue a la gente a ir enlatada en el viaje. En Francia se desarrolló el método del concreto, casi como una pared. Pero algo más. Los fuegos artificiales, que estallan contra la represión, llenando el cielo de colores. En estos casos los perritos, hechos y listos para el combate, se valen del susto para atacar y ayudar a la gente que se manifiesta, dando unos buenos mordiscos a las botas negras.

A Fiorella le interesó el asunto de los fuegos casi desde el primer día. Los vio y en sus ojos brillaron más que en la realidad. Para manipularlos correctamente se hacía dos trenzas, que tiraba hacia atrás, asegurándose de que no tocaran ni mecha, ni pólvora, ni flama. Había estado en tantas Navidades en Buenos Aires, mirando el cielo estallando. En tantos Años Nuevos, en los que era una tradición, muy cuestionada actualmente, tirar fuegos artificiales y ver el espectáculo lumínico hasta que le doliera el cuello. Salían afuera, buscaban en la calle, y podía reproducir en su cabeza, una y otra vez, el ruido de las cañitas voladoras.

En Francia hizo un magister de hecho, en cañitas voladoras, rompe-portones, petardos, cohetes, candelas, bombetas, truenos o tracas. Feux d`artífice, fusée, pétards. Los apuntaba contra las máquinas. Los apuntaba contra los cascos. Los apuntaba contra los escudos.

Para poder llegar hasta el sitio indicado, en el momento indicado, sin ser vista. Fiorella ocupaba un carrito de

bebé, que adentro por supuesto, no traía a ningún bebé, sino que estaba repleto de juguetes de pólvora en sus diferentes empaques.

Nadie sospecharía nunca de una madre. Que a paso ceremonioso caminaba pulcra por el centro de una zona de conflicto. Pero al momento menos esperado, del cochecito emergían los colores. El espectáculo era magistral.



Tenía gran puntería y precisión. Usaba guantes para no quemarse y unos lentes de soldadura para no deteriorarse la vista. Estuvo allí, las noches de protestas

por justicia para Nahel, un joven electricista de 17 años, a quien la policía disparó en el pecho, por no detenerse en un semáforo en Nanterre. Por negarse a obedecer.

En un marco general de gatillo fácil, puesto que se contaban ya a 13 personas muertas, a quema ropa, durante controles policiales del mismo tipo. Abuso. Racismo. Desempleo. Detonando la ira legítima de la juventud.

Ya en el 2005, el suburbio parisino Clichy-sous-Bois, había estallado frente a la muerte de dos jóvenes musulmanes, electrocutados por escapar de la policía. Y en el 2017, Théodore Luhaka fue fuertemente violentado en Seine-Saint-Denis. Y eso por mencionar solo a quienes más se nombró en los medios de prensa. Porque la lista no para de crecer. Abuso. Violencia. Racismo.

Fiorella se concentraba, casi siempre en Marsella, inmune a los gases lacrimógenos. Nunca la arrestaron, pese a la enorme cantidad de arrestos, a veces 900, a veces 1.300 en una sola noche.

Cuando estallaban los fuegos, sentía una música clásica sonando en su cabeza. Sentía que era la directora de una orquesta excepcional. Más allá de lo posible, más allá de lo esperable. Sin duda era, su momento más artístico.

La generación de Fiorella, los famosos millennials, estaban empujados constantemente hacia las cortinas del éxito. El pensamiento de tener que surgir, de tener que esforzarse para poder ser alguien.

Las ideas de que para inventar un foco, hubo que hacer 1.000 intentos fallidos previos. Que el fracaso es parte del proceso que conduce al éxito, y tanta palabrería moderna, para decir lo mismo que ya dijo la Iglesia, que las buenas acciones conducirán al Paraíso.

A ella no le importaba nada de eso. Ni el éxito. Ni los lujos. Ni ser reconocida en Internet. Ni hacer videos que se hagan viral. Ni hacerse rica o famosa. Nada. Ninguno de esos era su sueño o su aspiración. Fiorella solo quería profundizar su arte.

Había leído todas las historias del Mayo Francés, y había notado cómo se repetía, una y otra vez, el proceso de la lucha de clases, y pensaba que el único modo de terminar con la sucesión, era triunfando de una buena y vez y por todas las anteriores.

Ese era el único éxito en el que ella pensaba. Triunfar. Mientras tanto en su cabeza, en su ánimo, en sus días. Mientras tanto en sus expectativas, en sus ganas y en sus deseos: Siempre es Mayo.

Vencer al Tiempo

Dieron las seis de la mañana aquí, y en el sur. Al parecer fue al mismo tiempo. Solo al parecer. En la realidad sucedieron años luz de distancia. El tiempo se venció en el espacio. Mientras yo estaba acá, él estaba allá. No tengo que ser siempre, lo que otros quieren que sea.

Lo vió redondo, encerrado en una foto de perfil de Facebook, atrapado. Montaba una yegua marrón, de crines negras, sin usar montura y sin una rienda. No obligaba al animal a andar con un fierro atravesado en la boca, ni a tener la panza apretada por los cinturones de la montura. Se sostenía de las crines y de sus propias piernas. Dejaba que la yegua se fuera, hacia donde quisiera, por los caminos y se subordinaba a ella, subido sobre sus lomos, igual que un pájaro, cansado de emprender el vuelo.

Él también tenía sus propios cabellos negros y largos, atados en una trenza. Con el pecho desnudo, usaba unas botas para la constante caída del agua y un

pantalón negro. Su cuerpo se marcaba por el trabajo del campo. Cada músculo. Cada intersección. Surcada por el tiempo. Huilliche y mapuche su descendencia. Una fuerza que no solo se lleva en la piel y en el cuerpo, se lleva por sobre todo, en la fuerza moral, en el espíritu de combate.

Se dedicaba a la defensa de la naturaleza, como si fuera un arma. Como si él mismo se convirtiera en ametralladora, para evitar la desaparición del bosque nativo, de la flora, de la fauna. Levantaba los troncos caídos y los hacía girar en el aire, usando sus propios caballos de fuerza en los brazos y con gran naturalidad, se los lanzaba a las camionetas de quienes resultaran ser represores. Usaba los troncos como lanzas. Nunca estaba solo. ¿Quién no iba a adherir a su causa?

Ella, llevaba su propia voz. Traía su propia historia. Y cuando lo vio, atrapado en lo redondo del Facebook, no hizo más que saltar hacia el interior de la fotografía y meterse en su mundo, en su naturaleza. Metió dos o tres poleras en la mochila, un pantalón negro

reglamentario, bastante parecido al pantalón negro que ya tenía puesto, calzones, calcetines, cepillo de dientes y alguna otra cosita, y se subió a su descascarado Peugeot estacionado afuera. Condujo, deteniéndose en dos ocasiones a cargar bencina y estirar las piernas, a comprar algún engaño para el vientre y siguió. Once horas condujo. Contra viento y marea. Fuerte y derecho. Hacia el sur.

En la medida en la que iba llegando, el indicador de ubicación del WhatsApp le iba acercando su fotografía. Alrededor todo era verde. Era respirar. Cuanto más se aproxima, más cerca aparece en el mapa, sabe que está llegando. Estaciona y baja. Lo ve. Parece una silueta esculpida, no por las manos hegemónicas de algún Señor que lo creó a su semejanza, sino por la mismísima tierra, tierna y serena, que le dio la fuerza invencible al ejército que nunca perdió, que nunca fue dominado, que nunca fue abatido. Saca sus manos de los bolsillos y empieza a llorar. No suave. No fuerte. No estruendoso. Está emocionado. Es un hombre, que no

entiende que la cultura de la época impone su dominio, que los hombres no lloran, que los hombres se agazapan ante el vencedor. No lo va a comprender nunca. Jamás lo aceptará. Lloro y vence. Mira todo a su alrededor. La mira a ella, con ojos tiernos, con mirada comprensiva. Le estira la mano. Ella lo abraza. Ella lo ama.

Los ríos están estrellados. Caminan, él junto a ella. Ella junto a él y la naturaleza del entorno se fusiona en sus dos caminos. Se vuelven uno. Bajo la araucaria más legendaria, hacen el amor. Se saca las botas de lluvia y la penetra una y otra vez, con fuerza, como un Do sostenido. Ella puede escuchar el sonido de lo que la rodea, como una melodía, con cada una de sus notas y sus acordes. Él es música en sus oídos. Sus pieles, se vuelven una sola piel, se miran, con bocas abiertas, jadean, no tienen tiempo para vencer, tantas noches solitarias, de hundirse en sus propias camas.

El primer orgasmo lo tienen con los ojos. Cuando ella está a punto de partirse, él decide partirse con ella. Los

otros se resignan a no existir. El pasado se resigna a no volver.

El Peugeot se quedó esperando hasta que ella volviera. Y bebieron a la par, de la copa del olvido. *<Mañum kuley Elangechi zomo winka. Wa'l pewayen ka kiñe Sroful tami piwke.>*

WWW.DANAHARTESCRITORA.COM

